

CICLO C
TIEMPO PASCUAL
I DOMINGO DE PASCUA DE RESURRECCIÓN

Hoy, domingo de Resurrección, celebramos la fiesta más importante del año cristiano. "Fiesta de fiestas" (San León Magno). Cristo ha resucitado. La muerte ya no tiene dominio sobre Él. "Muriendo destruyó nuestra muerte y resucitando restauró la vida" (Prefacio I de Pascua).

Jesús no sólo volvió a la vida como la hija de Jairo, el joven de Naín o Lázaro. Estas personas milagrosamente, por el poder de Jesús, volvieron a la vida. Pero llegado el momento, experimentaron el dolor, la agonía y la angustia de la muerte por segunda vez.

El hombre Cristo Jesús, igual en todo a nosotros menos en el pecado, ya no está sujeto a las limitaciones de la condición humana. El Crucificado-Resucitado ha sido plenamente glorificado. Jesús es transformado talmente. Del estado de muerte resucita a una vida nueva. "Con su muerte dio muerte a la muerte. ¡Muerta la muerte, nos libró de la muerte!...La vida murió, la vida permaneció, la vida resucitó, y dando muerte a la muerte, con su muerte nos aportó la vida. Por tanto, la muerte fue absorbida por la victoria de Cristo que es la vida eterna" (San Agustín).

La Resurrección de Cristo es la verdad culminante y central de nuestra fe. "Al tercer día resucitó de entre los muertos", proclamamos en el Credo de los Apóstoles; y el Credo niceno-constantinopolitano dice: "resucitó al tercer día, según las Escrituras". El testimonio escrito más antiguo sobre la resurrección del Señor está en la Primera carta de San Pablo a los corintios: "Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día según las Escrituras" (1 Co 15, 3-8).

Este acontecimiento no es un milagro cualquiera del pasado, que podría resultar indiferente para nosotros. Es un salto cualitativo hacia una nueva vida, hacia un mundo nuevo. Su fuerza entra ya en este mundo y es capaz de transformarlo. "Es

el mayor evento de la historia de la salvación y, más aún, podemos decir que en la historia de la humanidad, puesto que da sentido definitivo al mundo” (Juan Pablo II).

Cristo Jesús, el Viviente para siempre, da la vida eterna ya a cuantos creen en él. El resucitado no pertenece al pasado, sino que está presente hoy. Es nuestro contemporáneo y nos hace partícipes de su inmortalidad. La nueva vida que se concede a los creyentes como consecuencia de la Resurrección de Cristo consiste en la victoria sobre el pecado, el mal y la muerte, así como una nueva participación en la vida de Dios mediante la gracia.

Cristo Jesús Resucitado es la primicia. Como el almendro que se adelanta a la explosión de vida en la primavera. Cristo es el primero de un proceso salvador, que ha de seguir. Con Jesús resucitado ha ocurrido algo realmente nuevo, que cambia la condición del hombre y del mundo. Se ha abierto una nueva dimensión para el hombre. Es autor y guía de nuestra salvación, que nos va abriendo el camino hacia la vida eterna y gloriosa de Dios.

La vinculación del Resucitado con nosotros se realiza ya ahora. El amor total y la entrega filial de aquel hombre verdadero, Hijo de Dios verdadero, por ser eternos, infinitos, hacen que su muerte y su resurrección sean decisivas y actuales para nosotros. Cristo fue “entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación” (Rm 4, 25). Mientras vamos de camino por este mundo recibimos la gracia de Dios, que es la vida de Dios, la gloria de Dios. La victoria de Cristo es ya nuestra victoria.

Hemos resucitado con Cristo. No es una forma piadosa de hablar. Es una realidad: participamos ya, mediante la gracia, de la vida, de la gloria de Dios. Somos uno en Cristo. Participamos de su ser filial: Somos hijos de Dios. Recibimos la vida de Dios, que llega a nosotros a través de la fe y el bautismo. “En efecto, este sacramento es muerte y resurrección, transformación en una nueva vida, de tal manera que la persona bautizada puede decir con Pablo: «Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20). Vivo, pero no soy yo... ¿Qué es lo que ha

sucedido en nosotros? Responde Pablo: que todos habéis sido hechos uno en Cristo Jesús (cf. Ga 3,28)” (Benedicto XVI).

Estamos llamados a vivir en comunión existencial con Cristo. En una relación de persona a persona, de corazón a corazón. Cristo no es una tradición, ni una costumbre: es una persona viva.

Nuestra fe en Cristo resucitado nos da la seguridad de que la vida es más fuerte que la muerte. El bien es más fuerte que el mal. El amor es más fuerte que el odio. La verdad es más fuerte que la mentira.

Cristo ha resucitado: ni la muerte ni el mal tienen ya dominio sobre Él. Ha derrotado para siempre al mal, al pecado y a la muerte y nos hace, ya desde ahora, partícipes de su vida inmortal.

MARIANO ESTEBAN CARO